



# UN AGUJERO DEL TIEMPO

Germán Cáceres

**Me** llevo bastante mal con Elvira. Desde que nos casamos no hacemos más que discutir. No ocurre nada grave entre nosotros, pero parece que no podemos dirigirnos la palabra sin incurrir en ofensas y agresiones. Supongo que una de las causas es mi inestabilidad laboral y mis magros ingresos. (Por ahora estoy trabajando como guardia de seguridad en un banco, en el cual me pagan una miseria.)

Este domingo Elvira, tal vez para suavizar esta tensión, me propuso visitar el Zanjón de Granados. Como era una sorpresa no quiso revelarme de qué se trataba (yo jamás lo había oído nombrar), salvo que estaba en San Telmo.

Mi ocupación de vigilancia me había deformado profesionalmente –como en mayor o menor medida ocurre con todas las personas– y llevé mi pequeña pistola Derringer, de sólo dos cartuchos, sujeta a mi tobillo por una mínima funda con elástico: era una protección ante cualquier posible amenaza.

Fuimos en nuestro auto y lo estacionamos a unas cuadras del Zanjón para hacer una pequeña caminata por el barrio. Como siempre, la Plaza Dorrego irradiaba alegría: había puestos de feria, músicos callejeros y bares colmados de gente. El sol brillaba luminoso, como si quisiera demostrar su poderío.

El Zanjón era una mansión que quedaba en Defensa y Pasaje San Lorenzo, cuyo frente no ofrecía ninguna sorpresa, pero al pasar al interior y comenzar la visita guiada se entraba en un mundo mágico.

Parece ser que allí pasaba un riacho que se iniciaba en Constitución y desembocaba en el Río de la Plata. Además, se desarrollaron varias actividades hasta que un nuevo propietario, que intentaba remodelar el lugar, se topó con un descubrimiento arqueológico compuesto por

las anteriores construcciones, entre ellas ese zanjón, que luego fue cubierto por un piso de material.

Al visitar los iluminados túneles a uno lo invadía la sensación de estar dentro de esos folletines cinematográficos en los cuales se ven catacumbas que ocultan bandas de delincuentes. Había patios que parecían pertenecer a algún castillo europeo del siglo XVI, o pasillos con ladrillos a la vista y techos abovedados propios de un palacio real.

Tan impactado estaba que perdí al grupo. Podía haber intentado buscarlo, pero temía perderme en ese diseño laberíntico. Preferí quedarme en el lugar y esperar que la gente volviera.

Me llamó la atención una puerta que emitía una rara fosforescencia, y me asomé por curiosidad.

No se veía nada, solo una zona descampada cubierta por nubes. ¡Qué extraño!, me dije.

Continué caminando muy despacio y cuidándome de no caer o de tropezar con algún objeto imprevisto. De pronto, tuve la sensación de precipitarme al vacío; sin embargo volví a encontrarme en pleno San Telmo. Pero su aspecto había cambiado.

Los autos pertenecían a otra época, así como la ropa que se usaba. Calculé que eran de por lo menos diez años atrás. ¿Había viajado al pasado como se cita en la literatura de ciencia ficción? ¿Esa puerta del Zanjón conducía a un agujero del tiempo? ¿O se trataba de un simple sueño?

De pronto, se me ocurrió una idea: vivir ese momento gozosamente, ya fuera real o soñado. Y me acordé que en ese entonces yo tenía una novia que estaba completamente enamorada de mí, pero la dejé por Elvira.



Por suerte me acordaba de su número de teléfono y la llamé desde un locutorio: su nombre era Alicia. Atendió ella misma y, por supuesto, quedé perpleja al escuchar mi voz. Convenimos vernos en una confitería de la Plaza Dorrego, pues vivía cerca.

Llegué antes, y en cuánto entré la reconocí enseguida porque, evidentemente, se mantenía igual que cuando noviaba con ella. Para mi sorpresa no comenzó inquiriéndome por qué quería hablarle, sino las razones de estar vestido de esa manera tan estrafalaria (es decir, del año 2016). Le menté diciéndole que era el uniforme de la empresa francesa para la cual trabajaba, y cambié de conversación preguntándole cómo estaba.

Pésimo, me contestó. Se había casado despechada poco después de que yo la había dejado por Elvira. Su esposo era abogado y de exquisitos modales mientras estuvieron de novios. Pero en cuanto contrajeron matrimonio mostró su faceta de violento en potencia.

Alicia pronto notó que era una persona de carácter agrio, malos modales y respuestas agresivas. Nunca hasta ahora le había puesto la mano encima, pero pensaba que ello era cuestión de tiempo. No tardaría demasiado en alcanzar ese extremo.

Volvió a lamentarse de que la hubiese plantado. Por mi parte, confesé que había sido un error porque con mi actual esposa me llevaba mal (hubiese sido inoportuno aclararle que desde entonces había pasado una década y que yo venía del futuro).

Tomados de la mano nos besuqueamos y terminamos en un hotel de la zona. No soy un buen amante, pero sin embargo esa vez me porté como un tipo fogoso y sin prejuicios. Ella respondió de la misma manera.

Al salir del hotel y caminar hacia la Plaza Dorrego, Alicia vio pasar a su esposo (me lo señaló), que regresaba del

trabajo. Rápidamente nos despedimos y ella salió casi corriendo para que él la encontrara en la casa cuando llegara.

Yo vivía un momento irreal, como si fuera víctima de un cóctel de drogas que me llevaba a convertirme en un alucinado impulsivo. Y caminé detrás del esposo a una distancia de unos veinte metros.

Cuando él estaba cruzando la Plaza Dorrego, saqué mi pistola Derringer de mi tobillo y le disparé. Cayó en el acto. En estos casos vale actuar antes que la gente se reponga de la sorpresa, así que huí de inmediato.

Debía protegerme de la policía: lo único que faltaba era que fuera preso durante el pasado. Forzosamente necesitaba retornar al presente. Después regresaría para ver cómo había quedado todo.

Fui hasta el Zanjón y me encontré con una empalizada: aún lo estaban remodelando. Mi estado físico siempre fue bueno, así que logré saltar e introducirme en su interior. Pero era distinto al que yo conocía, faltaban las luces y las decoraciones que lo hacían lucir espléndido. Por más que busqué, no encontré la puerta del túnel por la cual había realizado el viaje temporal. Me desesperé.

Sin embargo, en un sitio que debía seguramente convertirse en uno de los tantos patios del edificio, me rodeó una suerte de nube de niebla, como si proviniera de un hechizo propio de un genio fabuloso. Me sumergí en ella.

Y allí estuve un rato largo andando a tientas hasta que caí despatarrado al suelo.

Desde el piso pude ver que Elvira y otros visitantes del Zanjón me miraban con preocupación y asombro. Ella me dijo que yo había sufrido un desmayo y que vendría una ambulancia a buscarme: era imprescindible hacerme un chequeo.

Mientras esperaba el auxilio, no pude menos que pensar que desgraciadamente se había tratado de un sueño. ¡Qué pena! ¡Todo había sido tan maravilloso!

Apareció una camilla en la cual dos enfermeros me transportaron a la parte posterior de una ambulancia. Conmigo quedó uno; el otro se sentó adelante al lado de Elvira y del conductor.

Mientras oía el ulular de la sirena y percibía el desplazamiento del vehículo, me asaltó una duda. Me eché de costado, y aprovechando un descuido del enfermero, saqué mi Derringer del tobillo y la revisé.

Había un solo cartucho, es decir que yo disparé. ¡Por lo tanto mi viaje al pasado fue real!

Después todo se volvió más confuso.

Estaba acostado en una camilla con ruedas pero con un atuendo de hospital. Me habían quitado la ropa de calle y por supuesto la pistola. Entramos a un quirófano. Unas luces potentes me encandilaron y perdí el conocimiento.

Desperté en una habitación de rehabilitación. Había una enfermera y le pregunté qué había pasado. Me dijo que ya vendría el doctor y me aclararía todo.

Finalmente apareció el médico, un hombre joven que no alcanzaría los treinta años. Me explicó que la operación había sido un éxito, que no me quedó ningún vestigio del proyectil disparado desde una pistola de bolsillo. Noté entonces que mi hombro izquierdo estaba vendado.


Continúo diciéndome que quizás al otro día podría irme a mi casa.

De repente empezó a caminar por la pequeña habitación y a frotarse el mentón, como si dudara en comentarme algo.

Y se despachó aclarando que no pensaba inmiscuirse en mi vida privada, pero que la policía ya había apresado al tipo que me hirió en el hombro. El problema residía en que al confesar manifestó que yo había mantenido relaciones con su esposa, de la cual había sido novio. El médico me aconsejó proceder con cautela, pues mi mujer estaba ofendida y furiosa, quería pedirme el divorcio.

¡De manera que no logré matar al esposo de Alicia y este me siguió para vengarse!

Todo este enredo reclama alguna explicación lógica. Por algo la física cuántica sostiene que el tiempo no existe. Pero hay que hacer descender este razonamiento a un estadio menos complejo: la vida cotidiana en este planeta. Desde este punto de vista es posible que se pueda viajar tanto hacia el pasado, como de este hacia el presente. Además, no sería descabellado pensar que pasado y presente puedan mezclarse.

¿Y si todo esto se originaba en que todavía no había despertado de un sueño? 

---

**Germán Cáceres.** Escritor argentino. Entre sus libros, pueden citarse *El checo, la gigante y el enano* (1974), *Cuentos para mocosos y purretes* (1980), *Los pintores mueren del corazón* (1985), *Matar una vez* (1992), *Soñar el paraíso* (1996), *Vamos a Manhattan* (1999) y *Entre dibujos, marionetas y pixeles* (2004). Colabora con la Fundación Ciudad de Arena dedicada a la difusión del género fantástico y con varios medios impresos y publicaciones virtuales. En 1997 fue incluido en la antología *Cuentistas Argentinos de Fin de Siglo*, de Editorial Vinciguerra. Ha recibido diversos reconocimientos de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y en 2002 fue premiado en el concurso de cuentos "Atanas Mandadjiev", celebrado en Bulgaria, por lo que se le otorgó el título de Gran Maestro del Relato Policial.